

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et justitiae partes tuendas suscepistis. **DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.** Deumque, cuius causam agitis, rogamus, ut vos in proposito confirmet. **Pío IX, al Director y Redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.**

**PRECIOS DE SUSCRICION.**—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración. En el Extranjero: 20 rs. trimestre.—En Ultramar: 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

**PUNTOS DE SUSCRICION.**—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Talbott.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

## PARTE EXTRANJERA.

### DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

**Berlín, 16.**—El Rey Guillermo marchará a París el 1.º de Junio, y se alojará en el Palacio de las Tullerías. (sin fecha).—La república de Paraguay ha aceptado el arreglo propuesto por los Estados Unidos; pero los aliados declararon no querer tratar sino bajo la base de un tratado secreto de una triple alianza. (sin fecha).—Las noticias que se acaban de recibir de Buenos Aires, dicen que el Paraguay está dispuesto a aceptar el arreglo proyectado por la unión americana para la terminación de la guerra entre dicha república y las aliadas.

**Berlín, 16.**—El Príncipe imperial saldrá para París el día 20. El Emperador de Rusia es esperado el mismo día 20 en esta capital, de donde saldrá el 31 con la Emperatriz.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 18 DE MAYO DE 1867.

Tan absurdo, dice *La Epoca* que le parece nuestro odio sistemático a Italia, como el entusiasmo de los que, llamándose españoles, quisieran levantar un altar a Mazzini y Garibaldi. Y añade que, para nosotros nada absolutamente significa que Italia figure hoy entre las grandes Potencias.

Así comienza el párrafo a que ayer prometimos contestar cumplidamente, porque para nadie, y menos para *La Epoca*, queremos pasar plaza de descorteses. A mas que de no contestar a él se podrá creer que realmente es tan absurdo nuestro odio a Italia como el entusiasmo de los demócratas por Mazzini y Garibaldi, cuando estamos persuadidos de que no solamente no es absurdo, por más que le parezca a *La Epoca*, sino que aquel odio no tiene nada que ver con este entusiasmo, y por tanto, que ha sido injusta *La Epoca* al hacernos semejantes en lo contrario.

*La Epoca* nos conoce muy mal, ó no quiere conocerlos bien; de otro modo no se comprenda la razón que tenga para decirnos que odiamos a Italia profunda y sistemáticamente, cuando en Italia tenemos nosotros el objeto de nuestro entusiasmo y de nuestro amor, cuando mil veces hemos llorado sobre las ruinas de aquel país privilegiado del cielo y profanado por los hombres, cuando nadie más que nosotros ha traído a la memoria el ejemplo de las pequeñas Monarquías de Italia, donde el respeto a la justicia y a la autoridad era tan grande como el goce de la libertad y de la prosperidad verdaderas. ¡Odiar a Italia! Se equivoca *La Epoca* de medio a medio: no hemos dicho una sola palabra referente a aquel país que deje de probar nuestro cariño por Italia; amamos a Italia tanto, que cada una de sus desgracias es para nosotros un motivo de dolor y amargura; y cada uno de los que originan esas desgracias objeto de nuestra indignación o de nuestra lástima. ¡No lo hemos manifestado mil veces! ¡Ha dejado de tener eco en nuestro corazón uno solo de los gemidos de aquel desventurado país! Pero no es esto, dice *La Epoca*, lo que nosotros queremos decir. Ciertamente no es esto lo que quiere decir *La Epoca*; lo sabemos. Para *La Epoca*, Italia es esa masa de hombres que la han traído al lastimoso estado en que se encuentra: es Ricasoli y sus corifeos, Rattazzi y sus suyos; es el partido liberal dominante allí, menos, consecuentemente, Garibaldi y Mazzini, pero tan funesto ó mas que Mazzini y Garibaldi. En ese grupo de personas está comprendida Italia para *La Epoca*, y a ese grupo cabalmente se dirigen también los tiros de nuestra indignación. Si, lo decimos franca y lealmente; ese grupo que ha enarbolado una bandera con el nombre de Italia, usurpándola sus blasones, es el grupo, objeto de veneración y simpatía para *La Epoca*, de odio y de desprecio para nosotros. ¡Y ese grupo es Italia! esa media docena de personas es el pueblo italiano, el pueblo infeliz que inocentemente ha gastado su sangre y su dinero en aventuras inicuas y deshonrosas. No; ese grupo no tiene otra significación que la que le presta la responsabilidad que ha contraído ante Dios y ante la historia por ser causa de tantas iniquidades y tantas deshonras. Al hacer a ese grupo objeto de nuestro odio, ó de nuestra indignación mejor dicho, damos la mayor prueba que puede darse de interés y cariño hacia Italia. Si quisieramos, por el contrario, demostrar nuestro odio a Italia, no encontraríamos un modo más claro y convincente que el de defender a ese grupo, como lo hace *La Epoca*, y regocijarnos porque, merced a infamias de todo género, Italia figura hoy entre las grandes Potencias de Europa. Y vea *La Epoca* como también se equivoca al asegurar que para nosotros no significa absolutamente nada la importancia que Italia ha adquirido en poco tiempo. ¡Oh! para nosotros significa mucho: para nosotros es rápido engrandecimiento es un hecho que la historia ha de registrar con escándalo y rubor, con más escándalo y rubor, si cabe, que el engrandecimiento de Prusia, de que debe ser también *La Epoca* admiradora, pensando lógicamente. Cuando nosotros vemos que un hombre desde una modesta posición da un salto hasta el primer puesto de la riqueza y de los honores, nos paramos a meditar en los motivos que puede haber para un progreso tan rápido é inusitado; si luego llegamos a conocer los medios injustos ó inicuos de que se ha valido para su engrandecimiento, el efecto que en nuestro ánimo produce este hecho, muestra bien la gran significación que para nosotros tiene. Tal nos sucede con Italia; su rápido engrandecimiento significa mucho, mucho más de lo que *La Epoca* se figura, porque si *La Epoca* se figura todo lo que significa, rubor y vergüenza la causaría defenderlo y mostrarlo como una

gloria de Italia que debemos envidiar los españoles. ¡Mal haya una y mil veces el engrandecimiento y la prosperidad logradas a costa de la justicia y del derecho! Si nuestra querida patria se viera más pobre, más humillada y más miserable de lo que se ve, y solo en fuerza de injusticias y atropellos le fuera dado reponerse y crecer, nosotros seríamos los primeros en rechazar un engrandecimiento de tan ruin manera logrado, y si nos dijeran: «se hundirá España, como no accedais,» contestaríamos nosotros: «hundase España para siempre y hundámonos todos con ella antes que cometer una infamia.» Y qué, ¿vacilaría *La Epoca* en la elección si tal caso llegara? ¿preferiría para su patria el título de potencia de primer orden al título de honrada aunque pobre? ¡Oh! no le haremos la ofensa de creerla hija ingrata de esta hidalga tierra. *La Epoca*, como nosotros, desprecia todo el poder y todos los honores del mundo antes que mancillar su honra, haciendo una injusticia ó una infamia. Pues bien, examine *La Epoca* con la conciencia del cristiano la conducta de Italia, de esa Italia a que *La Epoca* se refiere, y vea si al engrandecimiento que tanto le admira se ha llegado por medios legítimos y justos. Si cree que hay legitimidad y justicia en aquellos medios, confiese que Prusia no ha faltado tampoco a la legitimidad y a la justicia; confiese, por consecuencia, que la fuerza es la sanción del derecho y que los crímenes castigados en los individuos hasta con pena de muerte, son en las naciones premiados con el laurel que solo cifren los héroes.

Y aun sostiene *La Epoca* que considera tan absurdo nuestro odio a Italia como el entusiasmo de los garibaldinos! Pues si esto es absurdo, ¿que no será el defender a la revolución templada, como *La Epoca* hace, y combatir luego a los que, mas lógicos, quieren llegar hasta la última consecuencia de la revolución?

Pero nos hemos extendido demasiado en este punto y va a faltarnos espacio para contestar a otras apreciaciones de *La Epoca*, del mismo carácter que las expuestas respecto a Italia.

Las copiamos, sin embargo, para contestarlas brevemente porque a nuestros lectores les costará poco trabajo ampliar nuestra refutación.

Dice así *La Epoca*:

«También es otro crimen para nuestro colega que el Emperador de Austria, Rey de Hungría, haya nombrado para miembros de la Cámara de los señores a algunos hombres ilustres del imperio que profesan la religión protestante, no obstante el contar aquella nación más de ocho millones de habitantes que profesan estas mismas creencias. Sin embargo, todo el mundo encuentra perfectamente hecho el que la Suecia y la Noruega hubiesen abolido las disposiciones que habian en su Constitución, impidiendo que los católicos tuvieran representantes en sus Dietas, y la memoria de O'Connell, a quien se debe que los católicos irlandeses hayan entrado en la Cámara de los Comunes, será siempre una memoria querida para las naciones católicas.»

Nosotros no hemos dicho que sea un crimen; hicimos notar solamente las palabras de *La Epoca* que decía que por allí se entraba en el camino de la libertad; y bueno es que se sepa que para entrar en el camino de la libertad; según *La Epoca*, es necesario no solo transigir con protestantes y cismáticos, sino darles parte en los honores y en la gobernación del Estado. Por lo demás, lo que hicieron Suecia y Noruega y lo que consiguió el inolvidable O'Connell, no es mas que el reconocimiento de un derecho que los católicos tenemos siempre y en todas partes; porque los católicos tenemos derecho a dominar en el mundo para gloria de la verdad, para gloria de Dios, mientras los demás, esto es, los sectarios y los infieles no tienen como tales derecho a nada, ni aun a la existencia, en cuanto el error no tiene derecho a existir. Dios lo permite para sus fines inescrutables, pero Dios no le ha dado derecho alguno.

Así que nos parece poco católico mirar bajo el mismo aspecto político y religioso lo que hace Austria lo que hicieron Suecia, Noruega é Inglaterra. Conviénase *La Epoca*; para ser buen católico es necesario ser muy intransigente con el error; quien pretende hacer amalgamas, combinaciones y distinguos, desdichadas muestras de su fervor por la verdad católica.

VALENTIN GOMEZ.

*La Reforma* se duele de no poder contestar como se merece a EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, que ha elogiado la acción practicada por el diputado Sr. Medendor de Luarca, sosteniendo, aunque implícitamente, que debe ser sustituido el autor de una obra condenada por la Santa Sede. A la verdad, no sabemos que contestación puede darse al que defiende en materias de enseñanza, como en todas las demás, los fueros de la verdad; y se limita a sostener que el Estado debe recojer su título de profesor al que públicamente la ha ofendido en una obra prohibida por la Iglesia. ¿Qué pueden valer todos los miramientos personales, que inspire el profesor aludido, ante el deber de la sociedad y los intereses inmortales de las almas?

Pero en cambio de su silencio el mismo periódico liberal pretende darnos en rostro con las siguientes líneas de *La Esperanza*:

«En honor de la verdad, el Sr. Medendor de Luarca traspasó un poco los límites de lo equitativo, por no decir de lo justo. No tenía motivo bastante para provocar tan pronto la discusión, ni para dirigir al gabinete ataques del género de los que nos referimos. A la clara penetración del diputado católico no se oculta que el Gobierno ha hecho sobre instrucción pública más de lo que se podía esperar de las personas que le constituyen. Hasta tal punto es así, que nosotros tenemos la convicción profunda de que se ha excedido con frecuencia, bien que de buena fe, si es indudable que ha pecado unas veces por cartas de menos, lo es igualmente que ha pecado otras por cartas de mas.»

No sabemos a qué se refiere *La Esperanza* en lo de cartas de más, ni cuáles son en su sentir los límites que han traspasado el Sr. Medendor de Luarca y el Gobierno; pero bien podemos asegurar que nada vemos en el párrafo que hemos copiado que contradiga nuestro juicio de la bella acción que celebramos, antes creemos que *La Esperanza* la celebrará con nosotros a lo menos en lo que se refiere al punto que tanto contrista a *La Reforma*. Bien será sin embargo añadir que nosotros miramos esta cuestión por su aspecto público y doctrinal, con relación al cual solamente hallamos materia para alegrarnos, sin que por esto dejemos de sentir el perjuicio privado que haya de sufrir la persona, a quien nosotros respetamos y deseamos todo bien, singularmente el gran bien de una retractación solemne de sus errores y de una sumisión pública y absoluta al juicio de la Iglesia.

El Sr. Vinader apoyó ayer en el Congreso la proposición firmada por varios señores diputados para que se trasladara la Universidad Central a Alcalá de Henares y se confiara el grado de doctor en las demás Universidades.

Si el Sr. Vinader no hubiese ido ya precedido de una reputación de orador, el discurso de ayer bastaría para colocarle a la altura en que hace tiempo está colocado. A nosotros menos que a nadie nos causó extrañeza la brillantez de su discurso, porque hemos tenido el gusto de oírle repetidas veces en *La Armonía* y en el foro; nuestros lectores conocen también las excelentes dotes del Sr. Vinader, porque EL PENSAMIENTO ESPAÑOL ha publicado los discursos que sobre el arte cristiano pronunció aquel señor en la mencionada sociedad *La Armonía*.

Sin embargo, mas que el triunfo del orador debe halagar al Sr. Vinader la justicia de la causa que defendía.

El lunes publicaremos el discurso íntegro tomado del *Diario de las Sesiones*.

Es verdaderamente digno de notarse que EL ESPAÑOL de hoy publique, en vez de artículo de fondo, y al frente de su periódico, las siguientes líneas:

«El lunes apoyará el Sr. Nocedal su proposición de ley sobre incompatibilidades. Podemos asegurar que el Gobierno no acogerá esta proposición, que por su importancia lleva implícito un voto de censura. De esperar es que los señores diputados que apoyan la política del Gabinete, acudan a la sesión con puntualidad a primera hora. Tenemos entendido que las explicaciones del Gobierno serán muy terminantes sobre este punto.»

Refiere un periódico que en el ministerio de Hacienda se han hecho, según parece, los nombramientos siguientes:

«Para la plaza de contador central, vacante por ascenso de D. Juan Pedro Martínez, ha sido nombrado D. Agapito González, segundo jefe de la dirección de contribuciones. A este destino ha pasado D. Rafael Cavanilles, oficial del ministerio de Hacienda, y en la plaza que este deja ha entrado D. Manuel Estéban Blanco, secretario que era de la junta de clases pasivas, y cuyo destino ha sido suprimido. D. Nicasio Miranda, contador de la Caja de Depósitos, ha sido jubilado, habiéndosele nombrado en su lugar a D. Alejandro Benisca, gobernador cesante.»

Ayer tarde se leyó en el Senado la siguiente proposición pidiendo la reforma del reglamento: Artículo único. Las discusiones y actos del Senado se ajustarán, mientras no se acuerde otra cosa, a las prescripciones del adjunto proyecto de reglamento.

Queda por consiguiente derogado el que actualmente rige para este Cuerpo Colegiado. Palacio del Senado, 14 de Mayo de 1867.—Joaquín de Roncali.—Rafael de Liminiana.—Juan Vilalaz.—Francisco González Rippe.—Fermín de Ezpeleta.

El 12 de este mes Pío IX ha cumplido 75 años de edad, pues nació el 15 de Mayo de 1792. El 16 de Junio próximo hará 21 años que fué elevado al Sólido Pontificado.

La sub-comisión de presupuestos de Guerra lleva ya adelantados sus trabajos. El general Reina ha propuesto que se nombre para todos los principales hospitales militares un jefe militar de que deban depender los servicios de administración y sanidad, logrando así armonizarlos é introducir alguna economía.

También ha propuesto una pequeña modificación en el modo de hacer el servicio de plana menor de los hospitales militares, con la que se obtiene la economía de más de millón y medio de reales. Parece que los demás diputados que constituyen la sub-comisión aceptan esta reforma.

Dice EL ESPAÑOL: Por despacho telegráfico recibido ayer, se sabe que llegaron a frun doscientos siete emigrados de la clase de tropa, que se acogen al último indulto. Hoy deben llegar trescientos más, según aviso del comandante militar de aquel punto.

Según *La Reforma*, se ha presentado al señor ministro de Hacienda una proposición, en la que, enlazando el establecimiento de una sociedad de crédito territorial con la cuestión de los certificados de cupones, esperan los proponentes llegar a resolver este problema con entera independencia del Estado y sin imponerle gravamen alguno. Dice que los proponentes no piden tampoco privilegio exclusivo, y sin embargo nosotros creemos que algo pedirán.

Allá veremos.

Nota un periódico que los secretarios del Congreso marqués de Pidal y conde de Toreno, se abstuvieron de votar la proposición sobre reforma del reglamento.

Ayer se constituyó la comisión que ha de informar sobre la proposición de aumento de derechos al papel extranjero: ha sido nombrado presidente el Sr. Polo, y secretario el Sr. Paz. Parece que

esta comisión se propone estudiar detenidamente el asunto, para lo cual ha reclamado antecedentes del Gobierno de S. M. y oír después en una extensa información a todos los interesados.

Cartas fidedignas de Valparaíso aseguran que ha costado 40,000 duros a los chilenos el desembarco solo de los 400 cañones que han adquirido, para fortificar sus puertos. De estos cañones, 10 son de calibre de 600; 20 de 400; otros de 150 y el resto de 100.

Asegúrese que los Emperadores de Francia han invitado a nuestros Reyes a que vayan a ver la Exposición universal. Los periódicos de la nación vecina dicen que esta visita se verificará.

El 2 de Marzo último, publicó el ministro de Hacienda chileno, Sr. Reyes, un decreto prohibiendo absolutamente la importación en aquel país de toda mercadería española, aunque no procediera directamente de nuestro país.

Dice *La Correspondencia* que vuelve a darse por seguro que si circunstancias particulares no lo impiden, vendrá a España este verano la Reina Cristina.

Por el ministerio de la Guerra se publica hoy en la *Gaceta* lo siguiente:

«Según han manifestado al Gobierno los representantes de S. M. en París y Lisboa, los cabos y soldados que se hallan emigrados por consecuencia de los acontecimientos de Enero y Junio del año anterior, continúan acogiéndose al indulto concedido por Real decreto de 24 de Abril último; habiéndose ya presentado 530, y esperándose lo verifiquen los demás, no obstante las sugerencias que para disuadirlos emplean los revolucionarios.»

A las nueve de la noche de ayer entró en el puerto de Cádiz, procedente de la Habana, el vapor correo de las Antillas, conduciendo la correspondencia pública y pasajeros.

El gobernador superior civil de la isla de Cuba, con fecha 30 del mes de Abril próximo pasado, participa que no ocurría novedad en el territorio de su mando ni la había habido desde sus comunicaciones anteriores en ningún ramo del servicio público.

Con motivo de los premios de la sección de pintura y dibujo que han obtenido en la exposición de París tres artistas españoles, la *Gaceta* publica una Real orden que no podemos copiar hoy por falta de espacio; pero que publicaremos otro día, por ser altamente honrosa para los pintores y dibujantes de España.

Ayer se cotizó el 5 por 100 consolidado a 35, 33-20 y 30. El diferido se cotizó a 31-50.

La *Gaceta* publica hoy, sancionada por S. M., la ley declarando libre al actual ministerio de responsabilidad por los actos de su administración. También publica el periódico oficial el reglamento para el servicio, régimen y contabilidad de los telegrafos de Cuba.

## CORTES.

### SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR DON MANUEL DE VELAZQUEZ LOZANO.

Extracto de la sesión celebrada el día 17 de Mayo de 1867.

Se abrió la sesión a las dos y veinte minutos, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El señor PRESIDENTE: El señor marqués de Miraflores tiene la palabra.

El señor marqués de MIRAFLORES: Señores señadores: En mi larga vida, política jamás me he visto en una situación más desagradable, y de ello se convencerá el Senado con solo que recuerde que muchos de mis dignos compañeros me habrán oído decir varias veces que uno de los males que afligían a nuestro país era la supremacía que se había dado a las personas sobre las cosas, y el Senado no habrá olvidado cuánto deploro todo lo que sea excitación de las pasiones y los sentimientos que me animan en favor de la convicción profunda de que deben reunirse en derredor del Trono de nuestra Reina todos los elementos conservadores para hacer frente a la revolución, y también tendrá presente cual fué mi conducta como presidente del Consejo procurando la conciliación, sin que fuera culpa mía el no haberlo conseguido. Sin embargo, me veo hoy en la triste posición de tener que hablar en una cuestión que me es personal, y acaso se pueda decir que voy a levantar tempestades; pero eso no es exacto, pues solo trato de rectificar los hechos, respondiendo a los que me han acusado de ligereza y a los que me han molejado por haber abandonado esa respetable silla y no haber defendido desde ella mi razón y mi derecho.

El Senado me permitirá recordarle cierto diálogo que pasó aquí hace pocos días, y que es el que he formado mi convicción acerca de la poca importancia que el Gobierno de S. M. ha dado a mi dimisión. El señor marqués de Molins preguntaba al Gobierno si tenía conocimiento de un artículo publicado en un periódico de Madrid, en el que se inferían graves cargos al presidente de la Cámara que había dejado de serlo. La respuesta del señor ministro fué: no tengo noticia de ningún artículo en que se inferían graves ofensas al presidente que ha sido de esta Cámara. El señor marqués de Molins replicó: si el señor ministro de la Gobernación lo desea, yo le nombraré el periódico, y le señalaré el día en que ese artículo ha sido publicado; la gravedad de la ofensa que en él se infiere la dejo a la apreciación de S. S. A esto dijo el señor ministro: de ese artículo de que habla el señor marqués de Molins he tenido conocimiento ayer ó anteayer, en el curso del día se habló de él; me lo hicieron leer, y esta es la noticia que he tenido de dicho artículo.

Dejo al juicio del señor ministro de la Gobernación esa manera de apreciar un suceso de esta clase; pero sentados esos precedentes, yo no podía menos de venir al Senado a hacer una explicación franca y leal de lo que ha pasado desde mi nombramiento de presidente del Senado, hasta que presenté mi dimisión. Yo respeto la apreciación del señor ministro; pero no tuvo presente que envuelto en la

triste figura del marqués de Miraflores estaba el presidente del Senado.

Siete veces, señores, he tenido la honra de ser nombrado por S. M. para tan elevado cargo. En cinco de ellas el decreto ha sido firmado por el señor duque de Valencia, y yo invoqué su testimonio para que diga si en las cuatro veces anteriores, ha habido absolutamente cosa alguna que pudiera hacer dudar de que no estaba al lado del Gobierno. Esta vez han pasado las cosas de otra manera, pues ha llegado a mi la duda de si por ventura podría no merecer la confianza absoluta del Gobierno.

El señor presidente del Consejo de ministros tuvo la bondad de llamarme a su casa y manifestarme la intención que tenía el Gobierno de proponerme a S. M. para el elevado puesto de presidente del Senado: hablamos con la franqueza que hemos usado ordinariamente, y yo le dije que me parecía de necesidad lo que se proponía hacer; pero que acaso encontraría algunas dificultades prácticas. Después de esto recibí el nombramiento; empezaron las sesiones, y en la junta preparatoria tuve el honor de dirigir, no sé si oportuna ó inconveniente, algunos palabras para el Senado; hablando de mi deseo de conciliación, tuve la satisfacción de que el Gobierno y los señores senadores no encontraron mal mis pocas palabras. En la primera sesión después de abiertas las Cortes, como es costumbre, tuvo lugar el nombramiento de secretarios. La oposición presentó una persona uida a mí por lazos de inmediato parentesco; el Gobierno presentó otro; yo dije a este mi voto. Entramos después en la discusión promovida acerca de lo ocurrido con el señor duque de la Torre.

Antes de esto, el señor ministro de la Gobernación había tenido la bondad de enviarme formulado cierto proyecto que pensaba someter a la discusión del Senado, añadiendo le diré mi opinión; y yo a fuer de hombre leal, le dije que no me parecía mal, que acaso yo hubiera propuesto algo más; pero que creía no era la oportunidad de hacerlo, porque mientras las pasiones estuvieran tan encendidas no se debía en mi juicio entrar en asuntos de esa clase. Esto no creo que pudiera dar lugar a que hubiera un principio de desconfianza respecto a mí.

Llegó como he dicho la cuestión relativa al señor duque de la Torre, y aquí debo decir que una de las personas firmantes de las famosas exposiciones me habló de ellas y yo lo reproché absolutamente como una cosa que tenía cierto sabor revolucionario: pero desdichado del mismo modo el correctivo que el Gobierno quería poner, y debo añadir que la persuasión íntima de que la revolución socialista anti-monárquica y anti-dinástica sufría en las calles de Madrid un gran golpe, un gran desengaño: el pueblo de Madrid apenas tomó parte; y yo decía, aquí se ha presentado una revolución democrática que ha sido preciso combatir. ¿Y qué eran las exposiciones? Un acto de oposición al Gobierno un acto indiscreto que reprobo; pero el correctivo no podía aplicarse con hombres que eran monárquicos constitucionales y conservadores como nosotros.

Este era mi juicio; pero siendo ya presidente del Senado, cuando alguna vez se trató de ese punto en mi presencia, dije que yo creía que el Gobierno de muy buena fe había hecho una apreciación equivocada; pero que yo no encontraba en su marcha ninguna cosa que no fuera perfectamente en regla, hasta ese paso que yo gradué de una equivocación en la apreciación, y en esto me confirmé el discurso del señor duque de la Torre, pues el objeto del Gobierno pudo conseguirse de un modo mucho más fácil que hubiera evitado los embrazos que ha tenido después. Pero esto no era motivo tampoco para inspirar desconfianza.

Empezaron nuestras discusiones; se llegó a la votación del asunto a que me refiero, y yo di mi voto en contra de la proposición, no porque no me doliera lo que se había hecho con el señor duque de la Torre, sino porque consideré que el voto contrario del presidente del Senado podía traer más complicaciones que el voto afirmativo.

Llegamos a la discusión del bill de indemnidad, comenzando el debate con el voto particular del señor Escudero y Azara. El señor ministro de Fomento se encargó de contestar al discurso pronunciado por el Sr. Escudero y Azara. Pregunté a su señoría si pensaba ser muy largo, y dijo que no. Terminó su discurso y yo levanté la sesión, y las razones que tuve para ello eran muy obvias.

La prolongación de las sesiones saben todos los que me escuchan que solo tiene lugar cuando van a terminar los debates sobre un asunto, pero no al principio de estos; y además, de 150 señores senadores que había en el salón, antes, vi que solo 40 quedaban entonces. El señor presidente del Consejo de ministros se dirigió a la mesa, y a manera de queja me dijo por qué había levantado la sesión. Yo le contesté sencillamente; pero después de haber dejado esa silla o cosas que no quiero repetir. A la mañana siguiente escribí una carta a mi amigo particular el señor ministro de Gracia y Justicia, haciéndole sencillamente la explicación de lo que había habido, y añadiendo a lo último de la carta lo siguiente: Mas si por acaso se me hace la ofensa de dudar de mi hidalguía y lealtad, dígame con franqueza; yo disminuiré fundando en que mi salud no consiente este trabajo; ni una palabra diré más, me retiraré y evitaré escenas como la de ayer. Si cualquier individuo del Gobierno me hubiera dicho lo más mínimo, hubiera procedido así; pues al decir que me retiraba por causas de salud hacia un acto de patriotismo que no merecía por cierto la especie de rechilla que hizo de él ayer el señor ministro de Ultramar.

El Sr. Arrazola me dijo que no había nada, que todo era cavilación. Yo le creí sencillamente, vine a la sesión, y tuve lugar de hablar con S. S. en el tono más amistoso; por la noche supe que muchos habían admirado mi serenidad, y aun hubo quien me dijo si no había leído un cierto artículo publicado en *El Español* y reproducido en *La Epoca*; lo lei, y la impresión que me hizo fué la de decirme yo; aquí tienes la contestación que pedías al Sr. Arrazola, hay desconfianza en ti. Yo he hecho poco aprecio de los ataques de los periódicos, y si las circunstancias hubieran sido otras, si la libertad de imprenta hubiera estado en el desbordamiento que la hemos conocido, no hubiera hecho caso ninguno. ¡Pero hay libertad de imprenta! ¡Escribe cada uno lo que quiere! ¡Se escribe sin que pase por el fiscal! Pues esto vió el artículo, y sin embargo circuló, y en él se me hacía aparecer como un intrigante que quiere plantar al Gobierno en el poder; y después de esto, ¿cómo podía yo dejar de creer que había desconfianza de mí, y en su consecuencia hacer mi dimisión?

Pero diré al Senado con la lealtad que me es



propia que cuando yo escribía el párrafo de la carta que he indicado ya habían llegado a mi noticia algunos ataques que se me dirigían en los cuales tengo que detenerme, aunque no mucho, porque está mezclada en ellos una persona muy elevada que ni la razón ni la conveniencia permiten que se le haga al debate.

Se habían supuesto consejos, opiniones y dichos que no hay para que referir, y el Senado me permitía un recuerdo retrospectivo relativamente a algún hecho. Aun no estaban frías las cenizas del último Rey cuando las circunstancias me llevaron a creer necesario en mi posición a escribir una carta a la Reina Gobernadora, carta que tuvo bastante boga y popularidad y en ella me permití decir estas palabras: «Señora, en el Palacio de los Reyes es una gran ventura hallar quien diga la verdad». Mas de una vez aquella augusta Señora tuvo la dignación de hablar conmigo sobre las cosas públicas, y la excelsa princesa que ocupa el Trono ha tenido conmigo infinitas bondades, en gracia sin duda de que yo fui el primero que egarré su cuna vaciante y que escribí sustentando su derecho cuando era peligroso el hacerlo.

Pero, señores, siempre que me he hallado en este caso yo he dicho a la Reina lo que he creído la verdad, lo que creo mejor a los intereses de mi patria, jamás he hablado en interés propio porque he mirado siempre a la persona que ocupa el Trono como la personificación de los intereses permanentes de la sociedad.

Dejo esto y sigo el relato de los sucesos, porque no quiero molestar al Senado, y mucho menos cuando he tenido que hacer un gran esfuerzo de voluntad para venir aquí a hablar de mi persona, cuando nunca he hablado más que de los intereses de mi patria sin ocuparme jamás de los míos. Desgracia mía es y desgracia antigua la de haber dado solo, pues no he llevado más compañía en la política que la de mi honor y mi conciencia, y es una situación muy fuerte la de no poder volver la cara ni a partidos ni a banderías ni a nada.

Yo califiqué, no sé si con exageración, a la Unión liberal, y si durante su mandato acepté la embajada de Roma, fue porque en tales puestos jamás se trata de servir al ministro ni a los intereses de nadie, sino a la patria y a la Reina.

Me aprecio respecto al artículo del periódico podría ser o no exagerada, mas, mi criterio tenía que girar en este terreno. El Gobierno tiene desconfianza justa o injusta de mí, y en la creencia de que podía tener desconfianza me parece, que hice un servicio a mi país dejando la presidencia. El artículo era ofensivo, aunque yo no le di gran importancia, pues mi historia es muy antigua y me apetece ser a tener, lo concibo, pero sea comprenda que el hombre que ha ocupado las más altas posiciones del país y que desde que nació tiene de más de lo que necesita pueda aspirar a ser ministro, como no sea en una ocasión semejante a la del año 65 en que se puso a prueba mi lealtad y mi honra, cuando hay el convencimiento de que se necesitaba un valor heroico para ocupar ese banco lleno de amarguras, y el que solo puede desear quien esté en el caso de sacar de él, que seguramente no sacará ni el señor duque de Valencia ni ninguno de sus compañeros? Yo tomé la presidencia de la Cámara desear de ayudar al Gobierno hasta donde me fuera posible, contribuyendo a continuar lo que se empezó en 22 de Junio; es decir, a tranquilizar el orden material para tener el orden moral, sin el que todo es imposible.

Y mientras los hombres conservadores, llámense como se quieran, no se reúnan al rededor de la Reina y se decidan a sostener los principios amenazados de la monarquía, de la dinastía y de la Constitución, no adelantaremos nada. Y digo también de la Constitución, señores, porque la Reina no puede tener otra significación que la que se firmó en los campos de Vergara, no puede tener otra representación que la que el Gobierno de M. opine de otra manera sobre este asunto, pues conozco demasiado al señor duque de Valencia, que me permitiría decirle que mientras no logre respecto a la quietud moral lo que he conseguido acerca de la material, aun le queda algo que hacer; pero el ministerio, si logra con la tranquilidad moral lo que acabo de indicar, entonces sí que podremos decir que ha salvado a la Reina, que ha salvado al país.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores senadores, voy a oponer al calor y a alguna injusticia con que respecto de mí ha procedido el señor marqués de Miraflores, toda la templanza y toda la moderación posible. Yo estoy en mucho a S. S., y por lo mismo siento que se haya acalorado tanto y que a una cuestión, pequeña en sí y que hubiera podido concluirse de otra manera, le haya dado tamañas proporciones, ocupando al Senado con el largo discurso que acaba de pronunciar.

Se ha quedado el señor marqués al principio de su discurso, y después lo ha repetido, de que se dé tanta importancia a las personas y tan poca a las cosas; y sin embargo, S. S. ha incurrido en ese mismo defecto en todo su discurso, pues no se ha ocupado más que de personas.

Quiere el señor marqués de Miraflores que haya conciliación. ¿Cómo ha de haberla, si después de haberse debatido en el Senado cuestiones ardientes, si después de haber acalorado los ánimos con esas discusiones, vuelve S. S. a entrar otra vez en esas cuestiones, a nombrar las mismas personas y a obligarme a mí a que le dé la razón a S. S. ó a que tenga que volver a la lucha, lo cual ni es conveniente ni haría yo por todos los tesoros del mundo?

¿Desea el señor marqués de Miraflores que el Gobierno haya dado poca importancia a su dimisión? S. S. se equivoca grandemente; le hemos dado mucha, nos hemos ocupado de S. S. muchas veces, hemos hablado con algunas personas sobre ella y he apelado al testimonio del digno presidente del Senado, quien podrá decir a S. S. todo lo que nosotros hemos hecho. Yo sé que podría manifestar al señor marqués de Miraflores una queja por la poca importancia que S. S. ha dado a mi persona. Ya tratémoslo de esto.

Ha indicado el señor marqués que cuando el ministro de la Gobernación habló del periódico que había insertado el artículo que tanto ha incomodado a S. S., dijo que no sabía si lo había leído. Señores, todos los días sucede que cuando leemos una cosa a la que no creemos pueda darse importancia y de la cual pensamos que no pueden surgir cuestiones desagradables, no fijamos la atención, y al recordarla luego nos recordamos la fecha de haberlo leído. Pues esto ha podido suceder al señor ministro de la Gobernación.

Lo que si aseguro al señor marqués de Miraflores es que el ministro de la Gobernación, según S. S. ha manifestado el otro día, no tuvo parte en aquel artículo; y cuando el Sr. González Brabo ha dicho aquí, con la mano puesta en el corazón, que el no venía a este sitio a mentir, pues lo que no quería decir ni lo decía, no hay derecho para dudar de la veracidad de sus palabras.

En cuanto a mí, puedo asegurar, y creo no necesitar muchos esfuerzos para ello, que yo no he tenido conocimiento alguno de ese artículo; y no he tenido conocimiento, porque desde que estoy en el Gobierno no leo ningún periódico, porque ocupado en los negocios y no teniendo tiempo suficiente para ellos, no me queda sobrante para dedicarlo a la lectura de periódicos.

Ha dicho S. S. que el pueblo de Madrid no tomó parte alguna en los tristes acontecimientos del 22 de Junio. El señor marqués de Miraflores: Que tomó muy poca. Pero luego nos ha dicho que hay en España una organización revolucionaria que ha de causar grandes males.

¿Pues qué ocasión podían esperar los señores de la democracia para que aquella? Lo que yo puedo decir a S. S. es que en el parte que hubo mucho de los barrios bajos, y gente que había venido

de fuera, y que en los barrios bajos fué necesaria mucha metralla, muchos tiros y muchas descargas para contener a todos esos que S. S. dice que no han tomado parte.

Se queja S. S. de que se haya dudado de su lealtad. Nosotros no hemos dudado de ella ni un momento; el señor marqués ha formado un castillo, de él ha sacado sus consecuencias creyéndolas legítimas, y ha venido al Senado a exponernos sus quejas y a dirigirnos una acusación para que le demos una satisfacción.

Ha dicho también el señor marqués de Miraflores que el presidente del Consejo de ministros se dirigió en cierta ocasión a la presidencia en sentido de queja. Debo advertir ante todo que ya se había levantado la sesión en ese día a que S. S. se refiere, y que yo creo que hay alguna diferencia entre dirigirse al señor presidente cuando está en el ejercicio de sus funciones y el dirigirse al amigo una vez levantada la sesión.

Yo hablé a S. S. en el tono que hablo siempre cada uno tiene su manera de hablar, y al par que unos lo hacen en voz baja, otros como yo, levantan un poco la voz, muchas veces, sin pensar en ello; pero yo aseguro que en lo sucesivo tendré muy buen cuidado, si voy a hablar a un amigo, de hacerlo en otro tono porque si empleo el que generalmente uso, y por casualidad se interpreta mi tono y se une hasta con un crimen, cáteme usted envuelto en un proceso.

Por consiguiente, yo tendré mucho cuidado en lo sucesivo, no sea que el señor marqués de Miraflores tenga la reminiscencia de que hubo alguno que le habló en este sentido y se queje también.

Ha dicho S. S. que el señor ministro de Ultramar habló en son de rechífla. Yo quisiera que el señor marqués de Miraflores no hubiera empleado esa palabra, porque S. S. como nos lo ha recordado hoy, tiene efectivamente siempre mucho cuidado de tratar a las personas con el debido miramiento. No habló el señor ministro de Ultramar en tono de rechífla, sino que hizo un argumento en contestación a lo que el señor marqués de Molins había dicho de la dimisión del señor marqués de Miraflores.

(El señor marqués de Molins: De lo que yo hablé fué del artículo; no de la dimisión). Es igual para mí propósito. Entonces el señor ministro de Ultramar hizo con mucha seriedad un argumento que venía muy bien a su objeto y que ofendía en nada al señor marqués de Miraflores, diciendo: si es, hay esto; y si no, hay lo otro.

Pero hay una cosa más grave de que tengo que ocuparme.

El señor marqués de Miraflores ha dicho que no aspira a ser ministro y que algunos puedan aspirar a serlo para ser y tener. Me ha salvado a mí; pero yo le pregunto: ¿creo que mis compañeros vienen aquí a tener y a ser?

El señor marqués de MIRAFLORES: Mis palabras han sido terminantes: es fácil, he dicho, que el autor del artículo o sus inspiradores aspiren a ser y a tener; no he hablado de los ministros. Y ya que estoy en el uso de la palabra, si a V. S. le parece que me he escedido en el calor de la improvisación pronunciando la palabra *rechífla*, la retiro y la sustituyo con la de *broma*.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Me alegro mucho y doy las gracias a S. S., a nombre de mis compañeros, por esa rectificación; pero tampoco fue broma la que el señor ministro de Ultramar usó.

En cuanto al fondo de la cuestión, el señor marqués de Miraflores se ofendió porque un periódico puso un artículo que a S. S. le pareció injusto. El Gobierno no tuvo conocimiento ninguno de ese artículo.

El señor marqués de Miraflores escribió a su amigo el señor ministro de Gracia y Justicia una carta, de la que no supimos nada hasta que su señoría había hecho la dimisión. Después escribió otra a nuestro digno presidente del Senado explicándole lo que había ocurrido, dándole una queja y diciéndole que la dimisión que había hecho era irrevocable.

Al mismo tiempo de entrar en mi casa el actual señor presidente del Senado, recibí yo la dimisión del señor marqués de Miraflores. ¿No habría sido, mejor que S. S. me hubiera honrado viniendo a mi casa a manifestarme su queja, y habríamos quedado completamente satisfechos y las cosas no hubieran pasado de ahí, de la misma manera que tuvo la bondad de ir a verme cuando le llamé y le hallé con la amistad que S. S. ha referido ofreciéndole la presidencia del Senado, y en cuya entrevista quedamos tan conformes?

Pero en vez de hacer eso, S. S. se fué a Aranjuez en el momento de firmar la dimisión, y escribió una carta al señor presidente del Senado, el cual me dio cuenta de ella, y por cuyo conducto le remití la respuesta de que el señor presidente le remitió una copia, respuesta que los señores senadores pueden leer, y se convencerán de las satisfacciones que allí se le daban al señor marqués, y que eran todas las que podían dársele.

¿Dónde está aquí la falta? ¿Qué mas ha podido hacer el Gobierno? Por consiguiente S. S. se ha ofuscado, cosa extraña en su experiencia, en su talento y en sus prácticas parlamentarias, aunque al fin está bajo el cielo y por lo tanto sujeto a las pasiones y preocupaciones a que lo estamos todos los hombres.

Esto es cuanto puedo decir al Senado y a S. S., sintiendo mucho que haya tenido lugar una cuestión de esta naturaleza.

El señor marqués de MIRAFLORES: Señores, todo cuanto ha dicho el señor presidente del Consejo de ministros es perfectamente exacto; y por consiguiente lo que yo dije de que mi dimisión era irrevocable; sentiría que en esto hubiera habido acaloramiento, porque cuando un viejo se deja llevar de un calor impropio de su edad se dice que comete una ridiculez. Yo he tenido siempre el cuidado de pensar mucho antes de hacer una dimisión y todas han sido irrevocables.

Recibí en efecto la carta en que se me daban las explicaciones a que S. S. se ha referido; pero el artículo había corrido por todo el mundo y algo queda de la calumnia aunque se la trate de rebatir, y quedando una sombra, siquiera, no podía yo conservar con dignidad el puesto presidencial, y puesto que el señor presidente del Consejo de ministros me ha estimulado a hablar, le daré una pequeña queja de amistad sobre la forma del decreto en que se admitió mi dimisión, pues no puede darse una manera más seca ni más indiferente.

El Senado ha leído el decreto y por consiguiente no quiero insistir más en ello, pues mi deseo es que terminemos este incidente y que conste que he venido aquí guiado solamente por el honor a dar una explicación de todo lo que había pasado.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Se queja el señor marqués de Miraflores de los términos del decreto en que se admitió su dimisión, y señores, por seis u ocho días que se descompone un cargo se va a poner lo mismo que después de una larga serie de trabajos? Vea S. S. cómo no ha habido intención alguna en el caso que nos ocupa.

Dice S. S. que en un hombre de edad el tener calor es una ridiculez, y sobre esto le diré a su señoría una cosa. Una vez vi yo un libro muy viejo donde estaban pintados un navío y un caballo; el caballo a toda rienda; el navío a toda vela; el navío, el caballo y el caballero estaban llenos de unos bichos que los cubrían de abajo a arriba, leyéndose los versos siguientes:

El soldado, el marinero  
Huyen de la ira atroz,  
Mas no escapan de su furor  
Ni el caballo ni ligero  
Ni el navío más veloz.

El Sr. MARFORI: Perfectamente comprendí el Senado la dificultad de mi posición en este momento; pero el cumplimiento de mi deber me obliga a manifestar que de la circulación del artículo

a que se ha referido el señor marqués de Miraflores no ha tenido conocimiento el Gobierno, ni podía tenerlo.

El número de *El Español* en que se insertaba ese artículo pasó por el examen que pasan todos los periódicos. Yo he creído que el art. 7.º de la ley de imprenta que trata de la recogida, hace una distinción terminante entre los senadores como tales y los actos que se les atribuyan fuera del Parlamento, y yo califiqué ese artículo como comprendido en esa segunda parte, y si alguna duda me quedaba, S. S. mismo ha venido a tranquilizarme.

Yo tengo tan alta idea de la dignidad de su señoría, que me era imposible creer que si en ese artículo se había ofendido a su inachable reputación lo consistiera S. S.; y cuando uno algunos señores senadores hablar de este asunto, yo juzgué imposible que el señor marqués hubiera autorizado que se hablase aquí de él, y tan firme era mi persuasión en esta parte, que si no tuviera yo absoluta seguridad de que todo lo que S. S. dice es exactísimo, habría creído que al venir aquí hoy S. S. era un poco impulsado por lo que estos días han dicho los señores senadores que han hablado de la cuestión.

Tan firme estaba el gobernador de Madrid en que había llenado su deber al hacer la calificación del artículo de que nos ocupamos, que al día siguiente el mismo periódico insertó una calificación sobre el discurso pronunciado por uno de los señores senadores y fué recogido, como sucedió igualmente a los pocos días por otra calificación sobre el discurso del Sr. Calderón Collantes; por consiguiente no se somete a un criterio aparte el examen de ese periódico.

Podrá haberme equivocado, pero la responsabilidad es exclusivamente mía; sin que el Gobierno tenga que ver nada en esto.

El señor marqués de MIRAFLORES: Debo decir al Sr. Marfori que he empezado con un supuesto equivocado, pues hasta leer cuatro o cinco de los primeros renglones del artículo para ver si se trataba o no del presidente del Senado, y S. S. comprenderá que cuando este artículo ha corrido por ahí, no podía obrar yo de otra manera, pues la circulación de ese artículo no podía menos de significar una especie de tolerancia que no diré yo que la haya habido de parte del señor gobernador, porque si leyó de prisa el artículo no se fijaría en las desverguenzas, que no tienen otro nombre, que hacía mi pobre persona se dirigían.

El Sr. MARFORI: Yo no me he permitido leer el artículo, porque no me parecía conveniente después de haber oído que a S. S. le desagradaba darle una segunda edición.

Cierto que decía que el señor presidente del Senado, cuando menos se esperaba, levantó la sesión; pero aquí no había injuria ni calumnia: en el resto del artículo ya no se hablaba ni del presidente del Senado ni de lo que había pasado aquí, pues solo se hablaba de S. S. en el concepto de hombre público, por lo que se suponía haber dicho fuera del Senado. Queda este sentido.

El señor PRESIDENTE: Queda terminado este incidente.

El Sr. SANTA CRUZ: Pido la palabra.

El señor PRESIDENTE: La tiene V. S. El Sr. SANTA CRUZ: He pedido el honor de dirigir una pregunta a un ruego al Gobierno de su majestad. Por la ley de 30 de Junio del año pasado se concedieron al Gobierno determinadas autorizaciones, entre ellas las que se referían a operaciones de crédito, negociaciones de valores públicos y otras.

El art. 2.º de esa ley dispone que solo duren hasta la próxima legislatura, en la que el Gobierno deberá dar cuenta del uso que hubiera hecho. Mi pregunta y mi ruego al Gobierno se dirigen a saber si está dispuesto a dar cuenta a las Cortes del uso que ha hecho de esas autorizaciones.

El señor ministro de HACIENDA: El Gobierno está pronto a dar cuenta a las Cortes del uso que ha hecho, por cierto bien limitado, de las autorizaciones concedidas por la ley a que se ha referido el Sr. Santa Cruz. No lo ha hecho hasta ahora por parecerle que la ocasión mas natural era la discusión de los presupuestos, pero si el Sr. Santa Cruz desea que se traiga antes el asunto, el ministro de Hacienda tendrá sumo gusto en debatirlo.

El Sr. SANTA CRUZ: Empleo dando las gracias a S. S. por la oferta que ha hecho, y si bien es verdad que al tiempo de discutirse los presupuestos puede tratarse esta cuestión, el señor ministro comprenderá que por mucha analogía que tengan hay gran diferencia entre unas y otras cosas, y me parece conveniente el que venga ante el asunto a que me he referido.

Sa entró en la orden del día y se aprobó sin discusión el proyecto de ley fijando las fuerzas navales para el año de 1867 a 68.

Igualmente fué aprobado el que autoriza al ministro de Marina para aumentar las fuerzas navales en caso de guerra.

También quedó aprobado el proyecto de ley fijando las fuerzas del ejército para el próximo año económico, desechándose una enmienda del señor Santa Cruz, que pedía no pasase aquella fuerza de 75,000 hombres, después de haberla apoyado su autor y de haberle contestado los señores duques de Valencia y general San Roman.

Había para una alusión el señor marqués de la Habana, y se levantó la sesión.

Eran las cinco y media.

## CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SR. BELDA.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 17 de Mayo de 1867.

Abierta a las dos y media, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Pidieron la palabra los señores Vinader, marqués de Colomer, Soto (D. Juan), Auton, Dorado y Piñero.

El Sr. Ceballos Escalera manifestó que había votado en la última votación nominal con la mayoría, y que no aparecía su nombre en la lista publicada en el *Diario de Sesiones*, y el señor vicepresidente Valero y Soto contestó que se haría la oportuna rectificación.

El Sr. Perez de Molina pidió que su voto constara conforme con la minoría en la misma votación.

Se dio cuenta de un Real decreto mandando proceder a la elección de dos diputados en la provincia de Lugo.

El señor conde de FABRAQUER: Presento una exposición de varios editores e impresores de la provincia de Lugo, en la que piden al Congreso que no tomen en cuenta lo propuesto por el señor Paz y otros, acerca de los derechos que deben imponerse al papel extranjero de imprimir.

Al mismo tiempo deseo que conste mi voto conforme con la mayoría en la votación nominal tomando en consideración el proyecto de reforma de reglamento.

El señor VICEPRESIDENTE: Constará.

El Sr. VINADER: Pido la palabra para apoyar una proposición que tengo presentada sobre supresión de la Universidad Central y restablecimiento de la de Alcalá.

El señor VICEPRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. VINADER: Señores, habréis observado que casi todos los diputados que toman por primera vez la palabra manifestan que tienen una gran dificultad al hacerlo. Yo he de tenerla mayor que nadie, porque no solo conozco mis débiles fuerzas, sino que tengo que sostener una proposición en que puede traslucirse una ingratitud a mis maestros ó una oposición al Gobierno. Ni tiene una cosa ni otra, porque su único objeto es hacer un bien a la patria; y por lo tanto es natural que, prescindiendo de todo, me decida a dirigirme la palabra para apoyarla.

Repito, antes de entrar en materia, que esta proposición no entraña ninguna ingratitud hacia mis maestros; lejos de eso, aprovecho esta ocasión para tributar a uno de ellos que se sienta aquí, y que ha sido mi padrino durante la carrera, un testimonio público de gratitud, de respeto y de cariño por sus sabias lecciones, no bastante aprovechadas, y por las muchas atenciones que le debo.

La proposición, señores, tiene dos partes: primera, la supresión de la Universidad central y el restablecimiento de la de Alcalá de Henares; y segunda, la facultad de conferir el grado de doctor en todas las Universidades del reino. Respecto de la primera parte, debo decir que no tratamos de llevar a Alcalá las enseñanzas de medicina, farmacia y ciencias naturales, sino las demás que se enseñan en Madrid; y esto por acudir a la necesidad de conservar y vivificar las antiguas tradiciones que hoy por fortuna una saludable reacción hace que se traten de conservar con más cuidado.

Todas las naciones manifestan este deseo, aun las acusadas de más innovadoras: la Inglaterra en este punto es tan apegada a sus tradiciones, que nunca se ha tratado de trasladar a Londres la Universidad de Oxford; y todas las demás naciones de Europa hacen una cosa análoga, no teniendo en ciudades populosas más que algunas Universidades, porque tienen en ellas su tradición y su asiento.

La de Madrid no tiene tradición ninguna; todo lo que en ella se encuentra recuerda a la Universidad de Alcalá: los libros de la Biblioteca, la espada de los grados, todo cuanto en ella revela la grandeza y el saber, todo recuerda aquella Universidad fundada por Cisneros, cuya estatua en el Paraninfo de Madrid parece más bien que un signo de respeto una protesta contra la existencia de la Universidad.

Pero aunque esto no sucediera, aunque Madrid tuviera iguales tradiciones que Alcalá, hay en Madrid un exceso de vida política de mala índole, que todo lo empozona, y más que nada la Universidad, de la que se ha apropiado por completo. ¿Es esto conveniente? ¿No da esto márgenes muchas veces al desamparo de las cátedras, ya porque un profesor sea llamado a un alto puesto, ya porque se le condena a muerte ó se le obligue a abandonar el país? ¿No lleva esto consigo el mal de la variación de maestros y la falta de prestigio de muchos de ellos? Esto es inconveniente a todas luces, y tanto más, cuanto que esa mala vida política, infiltrándose hasta en los mismos estudiantes, da origen a movimientos como el del 10 de Abril, en que la previsión del Gobierno evitó un conflicto mayor, que sin su prudencia y su tino hubiera fácilmente sobrevenido.

Todo esto se corregiría con la traslación de la Universidad a Alcalá de Henares, en donde nunca había esos peligros y en donde había en lugar de ellos muchas ventajas.

Es cierto que hay algunos asientos que al mismo tiempo que siguen su carrera asisten a las oficinas, y pueden así atender a su subsistencia, y que esto no podrá suceder en Alcalá; pero estos no son en general hijos de familias pobres, sino de ricas.

Quisiera daros un sistema completo de Alcalá, con las ideas raras que en otros tiempos había sobre la propiedad, con la idea estrafalaria de que todo lo que tiene derecho a la vida lo tiene a la propiedad; que como el individuo tiene derecho a la vida y por esto a la propiedad, lo tiene la familia y lo tiene el municipio, que no debe su vida a la ley; ni la Iglesia que es anterior a toda ley y a todo legislador: la Iglesia, que derramaba sus tesoros para la enseñanza y para la beneficencia.

Quisiera dar a los pobres la sopa que les llevaba a los más altos puestos en el Estado y magistratura; pero como dicen que es imposible volver a aquellos tiempos en que la caridad de la Iglesia facilitaba a los más pobres los medios de estudiar, prescindamos de ese inconveniente ligero en cambio de las muchas ventajas que traerá la traslación y que estudien en Alcalá, donde las subsistencias serán más baratas, los que no pueden tal vez subsistir en Madrid.

Hay otras muchas circunstancias, como por ejemplo, la inmoralidad a que es expuesta una gran capital, que aconsejan lo que nosotros proponemos; pero prescindiré de ellas para no ser demasiado largo, y pasaré ya al segundo punto de la proposición.

Todos vosotros, los que hayáis estudiado en las universidades de España, sabréis si esas universidades son dignas de conferir el grado de doctor; el conceder este monopolio a la Universidad de Madrid es uno de los resultados de nuestra gran centralización, que debe desaparecer como tantos otros.

Volvámonos, pues, a las provincias ese derecho, ya que no podemos volverlas lo que 30 años de liberalismo les han ido arrancando poco a poco. No contribuyais, señores, a que siga toda esa centralización exagerada que hoy existe, y tomad en cuenta para empezar a suprimirla la proposición que hemos presentado, por lo menos en esta última parte.

El señor ministro de FOMENTO: Hay días, señores, en que se levanta uno a discutir con penas; otros, como hoy, se levanta con regocijo al ver un doctor de la Universidad de Madrid levantarse a defender una idea, y apoyarse para hacerlo con la mayor templanza en recuerdos tan grandes como el de la época del señor Cardenal Cisneros. El Sr. Vinader es discípulo de la Universidad de Madrid, y la Universidad que da tales discípulos debe defenderse, como yo la defenderé.

Esta proposición se presentó de un modo absoluto, diciendo que debía llevarse a Alcalá la Universidad de Madrid, y añadiendo que aquella fué fundada por el Cardenal Cisneros, acerca de lo cual pudiera yo decir que no era enteramente cierto. Hoy que se trata solo de llevar a Alcalá una parte de los estudios, y se dice que es por respeto a la tradición, quiere el Sr. Vinader llevar a Alcalá por tradición la Facultad de Derecho? Pues en las Constituciones del Cardenal Cisneros se prohibía el estudio del derecho en Alcalá, como se había prohibido en una análoga de Francia, y solo a principios de este siglo, y cuando había una gran decadencia en España en las ciencias y en las letras, se llevó allí esa Facultad, combatiéndose mucho esa medida.

Cuando Alcalá era el foco de la ciencia, era natural que allí estuviera la Universidad; pero ¿qué hay hoy allí? Unos monumentos de piedra y unos regimientos de caballería. ¿Le parecen al señor diputado buenos estos auxiliares para el restablecimiento de la Universidad?

Pudiera decir también mucho respecto de la facultad de filosofía y las letras. Fueron grandes, señores, las luchas que tuvieron que sostenerse en Alcalá para enseñar la filosofía moderna; y tengase en cuenta que no hablo de esa filosofía que yo combatí, sino de la filosofía de Balme, de todas las ramas modernas de la filosofía cristiana y católica.

Pero prescindiré de esto y no me haré cargo de ciertas cosas que ha dicho S. S., citando por ejemplo de tradiciones la de la espada de los grados que se compró en Madrid y que no tiene tradición ninguna; pero si diré que si bien es cierta esa infección política de la Universidad, que yo reconozco, no es peculiar a la de Madrid, y yo podría citar a algunos discípulos de Alcalá que tienen ideas que ciertamente no profesará S. S.

¿Dónde han estado y dónde están hoy las Universidades? Las hay en París, en Roma, en Viena, en Munich, en San Petersburgo, en el mismo Londres. No conozco mas capital donde no la haya mas que Lisboa. Y ¿por qué sucede esto? Porque en el día los estudiantes no pueden ampliar su enseñanza en las poblaciones pequeñas como lo pueden hacer en las grandes, y es natural que sea en estas donde se les dé.

En cuanto a disturbios políticos, ¿no recuerda S. S. que en algunas ocasiones ha habido que si-

tiar a los estudiantes en Alcalá, que estos han encerrado al corregidor; y que ha habido, en fin, peligros muy grandes en aquella Universidad al principio de la guerra civil? Pues entonces, ¿cómo sostiene S. S. que los estudiantes en Alcalá no llevarán el espíritu político que hoy tienen?

En la segunda parte de la proposición se pide que se dé a las Universidades el derecho de conferir grados de doctor. Yo he estudiado esta cuestión, y he visto que ya no son exactamente lo mismo que antes eran los doctores. Hoy estos tienen que estudiar nuevas asignaturas y para dar esa facultad habría que ampliar los profesores, y esto costaría muy caro. Esta consideración me ha detenido por el momento; pero sin embargo, tengo el deseo de volver a las provincias todo cuanto se pueda; y procurar hacer eso si puede hacerse sin gravar el presupuesto.

Yo ruego en vista de todo al Congreso que no acepte la proposición, tanto mas cuanto que todas las leyes de todos los partidos constitucionales han mantenido la Universidad en Madrid, y quitarla hoy podría mirarse como una reacción política de mala especie.

El Sr. VINADER: Principio dando las gracias al señor ministro por los elogios que me ha dirigido y que considero inmerecidos.

En cuanto a la fundación de Cisneros, yo no entraré a discutir si fué o no suya la de Alcalá; pero diré que en mi sentir significa un respeto a la tradición antigua, y en el restablecimiento de la Universidad de Cisneros pagamos un tributo a las de Lérida, Palencia, Salamanca, Mallorca, aquella antigua Universidad cuyo origen trae a la memoria la gran figura de uno de los más portentosos genios de los siglos medios, el gran Raimundo Lulio, la de Granada, Sevilla y otras muchas, que son una protesta contra los que llaman siglos de oscurantismo los que lo fueron de glorioso renacimiento de las letras.

Respecto a la espada, si se ha comprado en Madrid, se conoce que los discípulos y el vulgo la han revestido de cierta gloria, para que no sea un objeto fúnebre y sin significación.

En cuanto a la segunda parte de la proposición, doy el parabién a las provincias, porque como los estudiantes que tienen cierto número de notas de sobresaliente, pueden hacer en su casa los estudios del grado de doctor, es claro que sin gastar nada podrá conferirse en ellas ese grado solo con examinar a los discípulos: creo que nadie dirá que no alcanzan a tanto los actuales catedráticos de las universidades de provincia. En cuanto a los presupuestos, sólo se gravarán con ocho duros para comprar una espada por cada Universidad.

El señor ministro de FOMENTO: No puedo estar conforme con que las glorias literarias de la vieja España estén unidas a la Universidad de Alcalá. ¿No está ahí la Universidad de Salamanca, que se conserva y que ha sido modelo de propios y extraños? ¿No vino a reconocerse esto en la ley de 1857, suscrita por un Gobierno de que era individuo uno de los firmantes de la proposición?

Yo ruego, pues, nuevamente al Congreso que se sirva desochar la proposición.

Leída de nuevo esta, y habiendo pedido algunos señores diputados que fuera la votación nominal, se verificó así, resultando desechada por 110 votos contra 37, en esta forma:

Señores que dijeron *no*: San Gil y Heredia, Conde de Toreno, Marqués de Pidal, Chacon, Batanero, Gonzalez Apous, Sanz, Bremon, Lora, Marqués de Zafra, Catalina, García Lobera, Ojeto (D. Nicolás), Fortuny, Cardenal, Perales, Villar, Brabo, Aguado y Vergara, Pedraja, Estéban, Peyronnet, Mendez Alvaro, Caspe, Arsu, Marra, Martín y Miguel, de Blas, Díaz Fernandez de Cordera, Frías Salazar, Valero de Tornos, Cánovas del Castillo, Cervero, Hileria y Tejada, Moriano, Martínez Mantecón, Bessieres, Manresa, Coronado, Gutiérrez, Torre-Marín, Jiménez, Fernandez Baeza, Mas y Abad, Botella, Mayo de la Fuente, Berziz, Lacy (D. Patricio), Martínez Guerrero, Narajón, Auton, Anduega, Perez Batallón, Fernandez de Cadróniga, Piñero y Salguero, Fernandez de Losada, Velazquez Gaztel, Alcon, Gisbert, Marqués de Sardoal, Catalá, Castellanos, Marqués del Cadimo, Herraz, Villar y Ulloa, Rodenas, Taviel de Andrade, San Gil y Heredia, Alvarez (D. Fernando), Maza, Segovia, Toda, Rebagliato, Baron de Cuatro Torres, Febrer de la Torre, Ruiz del Arbol, Arenillas, Lanza, Concha Castañeda, Silva (D. Julian), Estéban Collantes, Perez (D. Juan Sixto), Rodriguez Arias, Diaz Agero, Bermudez de Castro, Fernandez San Roman, Marqués de Alboloduy, Ferrer, Polo de Bernabé, Sanchez de Palencia, Benavides, Abrial, Fuentes de la Plaza, Guerrero, Soto (D. Juan), García Castañeda, Marqués de Colomer, Silva (D. Vicente), Ojeto (D. Francisco), Olazabal, Gusi, Gaya, Mizquitz, Nougues, Zaragoza, Caramés, Perez San Millán, Castro, Conde de Cazalla, Lopez Serrano, Montaut y Dutriz, Señor vicepresidente Valero y Soto.

Total, 110.

Señores que dijeron *si*: Otal, Reina, Ortiz de Zárate, Unceta, Hérriz, Isasi e Isasmendi, Arguinzoniz, Morenó (D. Manuel Maria), Valls, Marqués de Santa Cruz de Inganzo, Fernandez de Velasco (D. Fernando), Menendez de Lueara, Tró y Ortolano, Vinader, Manzanares, Ceballos Escalera, Ozores y Losada, Sesse, Lobo, Somaza, Perez de Molina, Zurbano, Arrieta, Marañón, Clares, Tezco, Marqués de Villaverde, Diaz Caneja, Tejado, Schar y Sal







que este oye en lo interior de su conciencia luego abraza como principio la independencia absoluta de la razón individual!

Al son de esta respuesta de muerte, fácil le será comprender las disposiciones con que tiene que persuadir á sus subditos. «Estoy cierto, dirá para su capote, que nadie me obedecerá sino es el que tenga algo que temer ó que esperar, porque á nadie obliga moralmente la conciencia de la mayoría: las conciencias son libres.» Ahora bien, ¿con qué valor podrá mandar quien así conoce su propia flaqueza? ¡Oh! en qué abatimiento tan profundo tiene que caer el gobernante católico renunciando á la sublime conciencia de fuerza moral que su fé le infundiría en el corazón! Bien es cierto que esta conciencia de la propia fuerza envuelve la terrible consecuencia del deber; mas el deber que pone espanto en el ánimo de los poderosos con la idea de un Juez eterno, da bríos á su valor para contener á los malos. El profesor Melegari se propone esta misma dificultad, pero niega nuestra aserción diciendo:

No se crea que por esta causa se disminuye en las naciones la fuerza de los Gobiernos, ni desuene el principio de la autoridad. Pero ya saben nuestros lectores que este ilustrado profesor no supone privada á la sociedad de los medios internos y morales que suministra la religión. Las pruebas á que recurre, tomadas de Inglaterra y de Bélgica, lejos de debilitar confirman nuestras doctrinas. Porque Inglaterra es quizá, como dignos en otro lugar, el menos reformado á la moderna entre los Estados europeos, y Bélgica se constituyó para que obtuviera la libertad su catolicismo, y solo de algunos años á esta parte ha comenzado allí la guerra sorda del Josephismo contra la Iglesia: guerra poco favorable ciertamente á la libertad que tanto encarece el profesor subalpino. La debilidad de los ministros á la moderna no es, pues, como hemos probado mientras no se establece la autoridad del principio católico.

Y esto que hemos dicho del ministro para con los subditos, ¿con cuánto más motivo puede decirse del ejército de em-

para cumplir este deber, viene en su auxilio la influencia de aquellos caciques que cogen por las narices á los partidos, con aquel celo del bien público, con aquel sacrificio de intereses personales que todo el mundo conoce.

Y si también esto fuere difícil de probar, si aun pareciese que un ministro saturado de oprobios, censurado diariamente por mil periódicos, envidiado por partidos rivales que á cada paso le arman un lazo, carece de fuerza, no digo para ligar las conciencias, sino para atraerse las voluntades y el aprecio, entonces podrá recurrir á otro argumento que resta todavía, demostrando que el ministro responsable no apelará á la fuerza material, no comprará periódicos ni diputados, no encarálará Obispos ni editores, no destituirá empleados ni magistrados, no dispondrá columnas volantes ni estados de sitio; y de esto no obstante el pueblo estará bien gobernado sin fuerza moral ni material: ó bien que este empleo de la fuerza es cosa completamente diversa del despotismo ministerial.

855. Hé aquí, como hemos dicho, un excelente campo donde pueden cubrirse de gloria nuestros adversarios. Sólo nos parece bien prevenirlos contra las insidias de algún retrogrado que pudiera quizá sugerir otra respuesta y sacarles de este pantano por el maligno placer de retraer de ellos por decirlo así. En vez de responder á las razones de este, podría decir «el retrógrado socorron», retorcida el argumento y contestarle «que siempre han sido gobernados los pueblos por gente que estiman poco, que á menudo zahieren y á que sólo obedecen por la fuerza; y con todo esto los Gobiernos católicos no se cansan de contar mirabilia.»

856. ¡Ay de los liberales si acogiésemos semejante sugestión! pues luego al punto negaríamos el hecho y el derecho. Lejos de sostener estas maravillas, nosotros hemos establecido la tesis contraria, es decir, que entre los hombres siempre será imperfecto todo Gobierno; y cabalmente por esto la Religión católica nos da fuerzas para tolerar los defectos de los gobernantes legítimos con el pensamiento de nuestra esencial de-

de la pluma y de la carta, harto más ligeros que el arado y la azada: después de haber puesto en las plazuelas y tabernas los más altos oficios de la legislación, mandando á los candidatos (que se presuman mejores) á mendigarlos ó al menos hacernos envilecidos del populacho como un beneficio: después de toda esta sarta de documentos utilitarios, ¿no es por ventura una solenne contradicción salir luego como un Calón, ó más bien como un Baneca predicando con gravedad á las conciencias, en que no creen, la gravedad de deberes que fueron hasta entonces derechos y dineros? X cuenta que las contradicciones no prevalecen en el pueblo; y pues el hombre sensitivo le parezca, harto más solícito por percibir el estipendio que por cumplir el deber del oficio. Y luego, en cuanto á las intenciones del gobernante supremo, este se hará instrumento del vulgo, adelantando vilmente mientras lo vea en auge, y este envilecimiento moral formará la condición menos dolorosa de la sociedad gobernada. Y si las esperanzas y la seducción libran del temor del ministro al empleado, este será un estorbo para todas las providencias ministeriales, y podrá á veces desconponer toda la máquina administrativa.

Vase ahora cuál es esta debilidad del gobernante: depender por tal manera de las mil eventualidades de la fortuna: de los que le nombran ministro, de los que lo sostienen provisoriamente como meins malo, de los que lo combaten como enemigos declarados ó como insidiosos rivales. ¡No podréis fiar de sus propios agües incierto de si le sirven ó le vendrán! No saber nada positivo, no hallar nada inmutable en las ideas de aquellos á quienes manda, nada fuera del desastroso principio de independencia que hace hasta imposible á estos mismos desenfrenados imponerse á sí mismos ninguna sujeción.

847. Mas la debilidad moral engendra el despotismo material: este es un axioma reconocido en buena razón no menos que en la historia, y cabalmente por esto la Iglesia, cuya fuer-

dad tiraniza y la enseñanza, como lo fué en el reformador del siglo pasado José II. Sólo que en este la tiranía era menos torpe, porque resultaba menos contradictoria: á la Iglesia como al subdito, decíale francamente: *yo soy dueño de tu alma y de tu cuerpo: oyes y obedeces*. Pero en los liberales que se llaman católicos, semejante tiranía añade á lo repugnante del despotismo el ridículo de la contradicción y lo diabólico de la impiedad, diciendo: *sois libres por mi parte en vuestras jefaturas: la Iglesia sola es la norma inflexible de ellos, mas yo comprímte con cadenas vuestras cabezas y su voz*.

Lo que hemos dicho sobre el monopolio del periodismo y de la enseñanza, puede decirse con mayoría de razón de este otro invento de la reforma, la Iglesia nacional. «¿Qué cosa es», pregunta otro Obispo no menos generoso que el anterior, «¿Qué cosa es una Iglesia nacional? Es el refinamiento del despotismo. Usurpadores ambiciosos del poder que desean poseerlo tranquilamente, se ingentan como pueden para asociar á Dios mismo á sus invasiones manejando con la misma mano el cetro y el cayado pastoral; y de esta suerte como órganos que pretenden ser de Dios y señores de los hombres, encadenan y reducen á esclavitud el espíritu no menos que el cuerpo. Por la misma una ley sobre rentas, por la tante otra sobre liturgia; hoy se vota un camino de hierro, mañana se suprime un sacramento, al decreto administrativo sucede un decreto sobre el dogma; á las imposiciones de tributos la abolición de una ley la que guardan; abren y cierran á su antojo los templos públicos prestada á la Iglesia nacional cadenas para manillar á los pueblos (1).»

Hé aquí una idea exacta de la institución que hemos visto consistentemente del mismo parto que la reforma, y decorase muchas veces con el título de católica, regañándose el catolicismo germánico, el catolicismo francés, y recientemente entre los apostatas republicanos en Londres, la Iglesia católica de la joven Italia bajo el apostolado de Garibaldi. Pongase en

(1) Mons. Renu, Obispo de Amey; en su pastoral de Cuarsma, 1851.

pendencia y de la comun corrupción original. Negaríamos mas que la obediencia de un católico se funde principalmente en la estima que hace de las personas de sus salidamos del todo con el estribillo *que el mundo conoce*.

Firmes, pues, señores liberales, firmes allá en vuestra isla flotante, de la independencia nativa esencial, inalienable de vuestra razón: en este caballo de batalla entrad en el lugar del combate y opond el arma. Pero cuidado con no acertar los golpes á alguno de nuestros aliados al combatir con vuestros adversarios; pues más de una vez nos ocurrió tener de nuestra parte conviniendo con vuestras censuras á los mismos que salían al campo como defensores del Gobierno representativo. Permitásemos poner algunos ejemplos, cuales podrán hacer cautos á nuestros contrarios en el uso de sus armas.

857. Hemos dicho poco há que es una consecuencia del principio heterodoxo armar al despotismo ministerial de una plenipotencia doctrinal mediante el monopolio de la enseñanza, á condición solamente de que este monopolio se llame libertad. Ahora bien, venga aquí en confirmación de nuestro aserto el discurso del senador Boncompagni á la Academia de Filosofía Italiana (1).

Ya debe ser conocida á nuestros lectores la *Academia de Filosofía Italiana*, nacida en Génova bajo las inspiraciones del (1) El *Resurgimiento* de los días 5, 6 y 7 de Agosto de 1851.

Pero en países católicos donde tales escases parecieran hostiles, el despotismo de los ministerios constitucionales no tiene otro recurso que el de organizar contra la enseñanza de la Iglesia otra enseñanza, á la cual con una sinceridad que no ha sido bastante admitida, se le ha dado sin ceremonias en nuestros días así en Francia como en Italia el nombre de sacramento laica. Sustitúese la universidad (a la Iglesia), decía un celoso Obispo francés, solo cuerpo doctrinal, título que ella se arroja con no sé que otro de afectada complacencia, llamándolo prestado del lenguaje de la Iglesia, que así llama á sus Obispos unidos al vicario de Jesucristo.

He considerado oportuno notar este arroyo en una institución que pretende dominar tan orgullosamente las libertades, y que glorándose de haber robado al altar el fuego sagrado del valor secularizado para siempre, se empeña en apartar de las ciencias todo soplo divino, y osa llamarse laica. Laica, pronta á sustituir su enseñanza á la revelación, y la filosofía á la Religión de los franceses (1). Hasta aquí son palabras del valeroso Obispo de Marsella. Esta empresa insensata que ha conducido á Francia entre mil batallas al borde del precipicio, debía haber puesto en guardia á los retores de pueblos mas universalmente católicos, ya que no por otra cosa, por el temor de despertar al abispo. Pero sería conocer poco la fuerza de las instituciones atribuladas por la denia en la lógica. La lógica no tiene prudencia, ya la cadena silogística con que discurren las instituciones, es inescrutable como el destino. En Bélgica y en el Piemonte fué una necesidad en el Parlamento prusiano invocando en su favor las leyes y costumbres que crearon el reino de Prusia. *L'Esprit prussien, posé de sa constitution dans la loi et les usages qui l'ont fait ce qu'il est, et qui ont été la Prusse. Ces lois et ces usages ont été observés depuis trois siècles. D'après elles les souverains ont été membres de l'Eglise; et les sujets ont été catholiques ou protestants, et la loi qui les a gouvernés, la loi qui les gouverne, est la loi de Dieu. Le Roi a le droit de régner, et la loi de Dieu est la loi de la Prusse.*

(1) Mazenod.—Reclamación al Rey con motivo del proyecto de ley de enseñanza, Marsella, 1854.

Si á esto se añade las penas infinitas con que debe el ministro responsable defender su precaria existencia en un Parlamento que le quita las mejores horas del día y acaba con el rigor que necesita su entendimiento para batallar con la oposición, la cual puede de un momento á otro mudarle el banco ministerial en el banquillo de los reos, fácilmente se entenderá si podrá con todo esto conducir al bien la cosa pública.

846. Mas aunque concibiésemos la idea de lo que debe hacer, ¿qué conciencia tendrá de su fuerza para ponerla por obra? La fuerza de las balonetas y el poder del oro bien podrán caer en sus manos y servirle para suplar adversarios y comprar aduladores; pero la verdadera fuerza moral que encadena al trono del Eterno aun las conciencias mas obstinadas, esta fuerza se la niega categóricamente y en su alta voz la idea *trudora*. «Tan independientes como tú son todos tus subditos; la ley que pones en ejecución es la victoria fortuna de una pluralidad material; la interpretación que le das es una opinión atuya puramente individual contra la cual hay mil opiniones más fuertes que ella; el poder con que la sostienes es una tiranía precariedad apoyada en la contescendencia de los que le sostienen ó en la paciencia de otros que le toleran.»

¡Bello panegirio por cierto de la fuerza moral del gobernante!

za moral es casi divina, maneja los medios con suavidad y longanimitad administrables, sabiendo bien que, llegado el día de pronunciar un oráculo, verá inclinarse ante ella á todas las almas católicas. Por el contrario, el menosprecio absoluto de todo derecho condujo al terrorismo francés á la proscripción y al patibulo permanentes. Hé aquí la primera raíz de aquel gano despotismo notado, también por otras razones como señal á los ministerios á la moderna, por el mismo publicista español en su célebre discurso en las Cortes. Los ministros, decía, deben ser despojos porque son responsables; y teniendo que responder de todo, deben poderlo y dominarlo todo.

Los ministros, adelantemos nosotros, deben ser despojos, porque pudiéndolo todo en el orden material, carecen absolutamente de fuerza moral. Ahora bien, para mover la máquina social, es precisa una de las dos fuerzas. Luego careciendo de la moral, habrán de moverlo todo con la fuerza material, que es cabalmente, cuando se emplea sin derecho, el mas grosero de todos los despotismos. Por lo cual no debe maravillarnos, ni es razón juzgar con excesiva severidad, aquellos despotismos que venos de vez en cuando despertar las iras y las ansias de los buenos, especialmente católicos, en quienes la conciencia del derecho suele hablar en voz alta y con tanta delicadeza. Cuando el ministro piromante, ó para ganarse el favor de los malos, ó para llevar á cabo designios políticos, violaba bruscamente Concordatos, metía en la cárcel Obispos sin forma de proceso, importaba medidas arbitrarias, etc., etc., obedecía, á más de otros insidiosos, al de la propia debilidad, que en todos tiempos indujo al despotismo á los ministros de los Monarcas católicos que la tomaban con la Iglesia. ¿Ni como ha de dejar de ser despoja el que dice allá en sus ademanes: «Una sola palabra que promueve esta Iglesia, mi enemigo, presenta en el corazón de descontentos millones que incoherente me condenan; y yo para imponerle silencio solo tengo á mi disposición guindillas y embargos y patibulos, sin otro resultado que el de hacer mas ruidosa la violencia y mas notoria mi infamia?»

848. Pero aun hay otra raíz del despotismo todavía más